

CAPÍTULO SEGUNDO.

San Nicolás *in Carcere*.—Descripción de la iglesia.—La capilla de la Virgen de Guadalupe.—La Misa.—El sermón del Señor Abarca.—Nuestra oración en la Capilla.—Citas para el día siguiente.

SAN Nicolás *in Carcere*, es una de las muy antiguas iglesias de Roma. Edificada en el siglo IX fué reparada muchas veces, especialmente en los últimos tiempos, y como en nuestros días llegó á verse en estado de ruina, el Soberano Pontífice Pío IX la hizo restaurar á sus expensas en 1865. La dirección de los trabajos fué encomendada al arquitecto Gaspar Servi, quien renovó enteramente la decoración interior, comprendiendo la techumbre y el pavimento: embelleció las paredes con hermosas pinturas al fresco y construyó de nuevo el tabernáculo y el altar mayor, la fuente bautismal, la capilla de la Virgen de Guadalupe y un balcón para los cantores.

El interior de la iglesia, que es de medianas proporciones, está dividido en tres naves por catorce columnas de diferentes mármoles y de distintos órdenes. La nave del centro, decorada con profusión de estucos y dorados, fué embellecida por Guido Guidí con diez hermosos frescos de asuntos tomados de la vida de San Nicolás. El techo de esta nave es un bello artesón de madera con ricas y elegantes decoraciones. En medio de la plataforma del presbiterio, se levanta aislado el altar mayor, que lo forman cuatro ángeles de bronce dorado sosteniendo una gran tabla de mármol debajo de la cual está colocada una preciosa urna antigua de pórfido verde. Cuatro soberbias columnas de alabastro oriental con las bases

y capiteles de mármol de Carrara, están recibiendo el rico baldaquino que sirve de tabernáculo. Abajo del altar mayor hay una pequeña capilla subterránea, que encierra los sagrados restos de los santos mártires Severino y Floro: se baja por una doble escalera de mármol, adornada con un elegante balaustrado también de preciosos mármoles. Los frescos que cubren el ábside debajo del cual está el baldaquino, representan á Jesucristo glorificado en el Cielo por la Iglesia triunfante y en la tierra por la militante simbolizada místicamente en la parte superior é históricamente en la inferior por la representación del Concilio de Nicea, en el cual intervino San Nicolás para anatematizar á Arrio.

En la nave lateral de la izquierda se halla la capilla nombrada de la Purísima Concepción, que sirve para la reserva de la Eucaristía y en cuyo altar se venera una imagen de nuestra Virgen Guadalupana. Arriba del sagrario y en el centro de un elegante retablo sobre una ráfaga de oro se destaca el cuadro como de una vara de largo por media de ancho en el cual se halla la Santa Efigie. La Capilla está decorada de blanco y oro al estilo moderno.

A las nueve de la mañana más de doscientos mexicanos se hallaban reunidos en San Nicolás, para asistir á la función religiosa de la Peregrinación. Algunos habían ido mucho más temprano y en las misas rezadas que celebraron varios de nuestros sacerdotes recibieron la Comunión.

Poco después de las nueve nuestro presidente de la Romería, el Ilmo. Sr. Portillo, se presentó en el altar mayor, revestido con ricos ornamentos, acompañado del Sr. Provisor de la Diócesis de León y de varios sacerdotes del Colegio Pío Latino Americano. La Misa fué solemnizada con un coro magnífico de voces, entre las cuales nos llamaron la atención los tenores, que parecían sopranos femeniles, y los bajos. Cerca de hora y media duró la Misa y terminada ésta, los padres rectores de la iglesia invitaron á los celebrantes y á los peregrinos á un espléndido desayuno y *lunch* en la habitación anexa á la sacristía. En seguida volvimos todos á la iglesia para asistir al sermón que había de predicar y pre-



SR. CANÓNIGO DR. D. AGUSTIN ABARCA
MIEMBRO DE LA PEREGRINACIÓN

dicó el Sr. Canónigo D. Agustín Abarca. Grandemente hizo conmover con su discurso el orador al auditorio mexicano, y no le oyeron con indiferencia los muchos italianos que asistieron á la función.

A punto estábamos de no poder dar á conocer á nuestros lectores esta bellísima pieza oratoria, porque no pudimos conseguir de nuestro respetable amigo que la escribiese, y aun cuando reuniendo nuestros recuerdos habíamos formado algunos apuntamientos, desconfiábamos de nuestra memoria, y casi estábamos resueltos á dejar este vacío en la historia, cuando el ilustrado Sr. Lic. D. Silvestre Moreno Cora, tuvo la bondad de proporcionarnos los apuntes que él había tomado, y que en verdad no distan del original en la esencia y difieren poquísimo en la expresión. Tenemos, pues, el gusto de insertarlos aquí, no sin reiterar al autor la manifestación de nuestro agradecimiento. Dicen así:

APUNTES ACERCA DEL SERMÓN DEL SR. ABARCA.

“El texto fué sustancialmente el siguiente: *Iré y presenciaré aquel grande espectáculo*; pero no recuerdo si estas fueron exactamente las palabras.

“En seguida dijo, poco más ó menos:

“Hay ocasiones, hermanos míos, en que el orador cristiano encuentra dificultad en exponer á sus oyentes la enseñanza sagrada ó conmover sus corazones, no porque deje de encontrar materia abundante en las doctrinas de la Iglesia, propia para avivar su fe ó encender su caridad, sino porque la flaqueza de nuestra inteligencia y la sequedad de nuestros corazones, no nos permite en todas ocasiones sacar todo el provecho que debiéramos de la meditación de las verdades divinas.

“Pero hay veces en que sucede todo lo contrario. La abundancia de la materia y la feliz disposición en que se encuentra el auditorio, hacen que se despierten en la mente del orador tantas y tan elevadas ideas, y que conmuevan su alma tantos y tan dulces afectos, que necesita un esfuerzo extraordinario para poner en concierto sus ideas y acallar los latidos de su corazón profundamente conmovido.

"En esta situación me encuentro yo en estos momentos. Cuando recuerdo que hace apenas unos cuantos días que, dejando nuestra patria y nuestras familias, poniendo una tregua á nuestros trabajos ordinarios, abandonando tal vez nuestros intereses y diciendo un doloroso adiós á personas que nos son queridas, nos hemos expuesto á los peligros de una navegación larga y penosa, encuentro en todas estas circunstancias motivos para investigar el móvil que nos ha impulsado á emprender este largo viaje, al mismo tiempo grato y doloroso para nosotros. Mas cuando reflexiono en las circunstancias que precedieron á su realización y en las que lo han acompañado; cuando recuerdo, que después de haber atravesado una vasta extensión de la América del Norte, hemos navegado por espacio de muchos días á través del Océano y del Mediterráneo; si bien por la bondad divina, siempre con tiempo bonancible, sin podernos olvidar por eso de que á nuestros pies teníamos el mar como un león dormido dispuesto siempre á devorarnos, si la Providencia Divina se lo hubiese permitido; y cuando veo, por último, el gozo y regocijo que revelan vuestros semblantes, me veo tentado á felicitaros por el logro de vuestros ardientes deseos, encontrándome perplejo y turbado, sin saber á cuáles de estas consideraciones ó á cuál de estos diversos sentimientos debo dar la preferencia.

"Veo, no obstante, que es forzoso que yo ponga en concierto mis ideas y que limite á un solo punto este mi humilde discurso. Con este objeto, me he propuesto compendiar todo lo que pudiese deciros en estas dos sencillas y cristianas reflexiones:

"1ª La Peregrinación Mexicana es una obra de piedad, y bajo este concepto debemos juzgarla aceptable á los ojos de Dios Nuestro Señor.

"2ª La Peregrinación Mexicana debe ser, bajo el mismo concepto, provechosa para nuestras almas y para nuestra patria.

"Os ruego que me concedáis vuestra atención, implorando antes los auxilios de la Divina gracia, por intercesión de la siempre Virgen María.

"*Iré y presenciaré aquel grande espectáculo.* Cuando se extendió por todo el orbe católico la noticia de la próxima celebración del jubileo sacerdotal de Nuestro Santísimo Padre el Sr. León XIII, un sentimiento de vivo entusiasmo se despertó en todos los corazones piadosos. Aun las naciones desgraciadamente apartadas de la obediencia del Padre común de los fieles, mostraron su regocijo y quisieron tomar parte en esta gran festividad, aprestándose á porfía á presentar al Pontífice reinante, el homenaje de su respeto y de sus simpatías.

"No era posible que México, nuestra patria, nación eminentemente católica, permaneciese extraña á este grande y significativo movimiento. Promovida por unas cuantas personas piadosas, y bajo el patrocinio del señor Obispo de Puebla, tratóse de organizar la Peregrinación de que formamos parte. Un solo deseo alentaba en todos los corazones; un solo grito salía de todos los pechos; ir á Roma, recibir inmediatamente las bendiciones del Pontífice; contemplar su angusto semblante, alumbrado por la luz divina que refleja la santidad de su misión en la tierra, y la grandeza de su divino magisterio; tal era el deseo unánime de los mexicanos. Los que creían que llegarían á ver realizado este deseo, se consideraban felices; los que encontraban dificultades insuperables para conseguirlo, querían al menos verse representados en esta Peregrinación, por medio de sus parientes ó de sus amigos. Todos estaban dispuestos á acompañarnos con sus votos, y con sus oraciones.

"Vencidos, pues, los grandísimos obstáculos que se encontraron para llevar á cabo un pensamiento que muchos creían irrealizable, después de haber invocado las bendiciones del Cielo por la intercesión de María Santísima de Guadalupe, en su venerando Santuario del Tepeyac, vemos hoy realizados nuestros deseos.

"Hemos tenido la dicha singular de besar esta tierra empapada con la sangre de tantos mártires; hemos visitado tantos santuarios venerables, enriquecidos con los tesoros de la Iglesia; y hemos, en fin, contemplado cara á cara al Soberano Pontífice, representante de Dios en la tierra; y todavía más, hemos oído sus dulces y tiernas palabras; y arrodillados á sus pies, hemos recibido su paternal bendición.

"Nuestros votos han sido cumplidos; pero necesitamos detenernos un momento á reflexionar en las gracias singulares que hemos alcanzado; debemos explicarnos el motivo de nuestro anhelo, lo que ha producido las gratas emociones que hemos experimentado.

"Es, hermanos míos, que siendo católicos, vemos en la historia del Pontificado la historia misma de la Iglesia; y en la historia de la Iglesia, la demostración de la divinidad de la Religión que felizmente profesamos.

"La vida de la Iglesia no es otra cosa sino la reproducción de la vida de Nuestro Señor Jesucristo. Porque, en efecto, nace nuestro divino Salvador en un rincón de la Judea, desconocido é ignorado de los hombres, en la mayor pobreza, en un pesebre de Belén; y nace la Iglesia Católica, obra suya, en la oscuridad de las catacumbas, despreciada por los sabios y los poderosos del mundo. Apenas nacido el Redentor, es objeto de la persecución del cruel Herodes, quien derrama la primera sangre inocente haciendo que sean degollados todos los niños que habían nacido.

por aquellos días; y la Iglesia, á su vez, se ve perseguida apenas es conocida, por la crueldad sin límites de los emperadores romanos, derramándose la sangre de los primeros cristianos con tanta abundancia, que puede decirse sin exageración que trataron aquellos tiranos de ahogar en sangre inocente y generosa la fe naciente. Nuestro Señor Jesucristo comienza su vida pública predicando á las turbas, enseñándoles la verdad, mostrándoles el camino del cielo, y encuentra en muchos la indiferencia, en otros el desprecio y en pocos la docilidad á sus consejos, mereciendo también el odio implacable de los mismos por cuya salvación se sacrifica. Y así la Iglesia, pasada la era que se llama de los mártires, da principio á su enseñanza pública por medio de las doctrinas de los Padres, de las decisiones de sus Concilios y las declaraciones de sus Pontífices; sucediendo también que unos la escuchan con fe, otros desgarran su seno por causa de las herejías, y no pocas veces se ve víctima de las persecuciones y del odio de los hombres, á quienes quiere salvar por medio de su fe inquebrantable y sus enseñanzas divinas.

“Muere, en fin, Nuestro Señor Jesucristo, enclavado en una Cruz, becado y escarnecido por los judíos, víctima del odio implacable del pueblo judío; pero resucita triunfante á los tres días dando muestras patentes de su divinidad. Y de la misma manera, la Iglesia Católica vése sacrificada frecuentemente por sus perseguidores; cantan estos mil veces el himno de su triunfo; pero la Iglesia aparece siempre dotada de vida y llena de serena majestad para demostrar la verdad de las doctrinas divinas que le aseguran una existencia que se prolongará hasta la consumación de los siglos.

“De esta manera, hermanos míos, la Iglesia nuestra madre, y el Sumo Pontífice, que es la Cabeza visible de ella, han atravesado el curso de los siglos viviendo siempre una vida de luchas y combates, pero triunfando siempre de todos sus enemigos, sacando nuevas fuerzas de las mismas persecuciones, y encontrando motivos de triunfo, donde sólo parecía que podrían encontrarse ocasiones de derrota. Porque no hay que olvidar que ha habido épocas luctuosas para la Iglesia, en que todo parecía haberse conjurado contra ella. Las herejías desgarraban en los primeros siglos su seno maternal; los poderes civiles, bajo el pretexto de protegerla, quisieron más de una vez convertirla en esclava suya; y sus enemigos, en tiempos no muy lejanos del presente, llegaron hasta predecir su próxima ruina, celebrando anticipadamente, si es posible expresarse así, sus próximos funerales.

“Y sin embargo, hermanos míos, la Iglesia vive, y vivirá eternamente

para la salvación de los hombres; y esta vida que hoy tiene, merece bien que nos detengamos un momento á contemplarla.

“Porque en efecto, la situación de los tiempos presentes ofrece caracteres tan particulares, que sería necesario cerrar los ojos voluntariamente para no ver lo que hay en ellos de excepcional y extraordinario. La guerra que hoy se hace al Pontificado, y por lo mismo á la Santa Iglesia Católica, ha tomado nuevas formas; pero de esta guerra saldrá triunfante la Iglesia, como salió de todos los combates pasados.

“Hubo un tiempo en que á pesar de las invasiones del poder civil, la Iglesia poseía una autoridad incontestable que constituía al Sumo Pontífice en árbitro supremo y regulador de las relaciones entre los soberanos y los súbditos, ejerciendo este poder siempre en favor de la justicia y en bien de la humanidad. Las armas espirituales de que la Iglesia se valía, servían para contener todas las invasiones; y mantenían á los súbditos en los límites de una justa obediencia, y á los Soberanos en los de una autoridad responsable. El Sumo Pontífice era entonces el primero entre los Soberanos de la tierra.

“En el mismo tiempo, y á pesar de las rebeliones parciales, la voz del Pontífice se escuchaba por todas partes con respeto, haciendo callar todas las discusiones. *Roma locuta est*, se decía en las Universidades, y aquellas ruidosas y prolongadas controversias en que tomaban parte los hombres más sabios de todas las naciones, terminaban en un momento. Nadie se atrevía á negar el derecho que los Pontífices ejercían como maestros de la verdad.

“También entonces sucedía que los Pontífices Romanos, soberanos también en el orden temporal, tenían á su disposición grandes riquezas que les servían para socorrer ampliamente las necesidades de los hombres, estimular los adelantos de las ciencias y las letras, y servirse de las bellas artes para el esplendor del culto y honra de la religión. Los mil establecimientos benéficos, los seminarios y colegios esparcidos por todo el mundo, y los grandiosos y sublimes monumentos que nosotros mismos estamos contemplando, atestiguan esta verdad.

“Pues bien, hermanos míos, en la última forma que ha tomado el espíritu de rebelión contra la Iglesia Católica, ha querido despojar al Pontífice de estos tres grandes atributos que realizaban su dignidad y lo hacían aparecer lleno de majestad á los ojos de sus mismos enemigos.

“No se ha querido que el Pontífice sea Rey de Roma; tampoco se le quiere reconocer como Maestro de la Verdad entre los hombres, y se ha intentado arrebatarle las riquezas que tan bien había empleado en favor de la verdadera civilización. Este ha sido el último ataque que ha sufrido

la Iglesia y el Pontificado. Esta ha sido la dolorosa agonía por la cual ha pasado en nuestros tiempos; ésta ha sido, ó será, en concepto de sus adversarios, su muerte dolorosa y sangrienta, como fué sangrienta y dolorosa la muerte de nuestro Divino Salvador, fundador de la misma Iglesia.

«Pero no hay que temer; porque la Iglesia es inmortal como su Divino fundador.

«En nuestros tiempos el Pontífice actual ha dejado de ser el Rey de Roma; pero es más Rey que nunca, porque manda en el corazón de muchos millones de católicos que acuden de las comarcas más lejanas de la tierra á presentarle los homenajes de su respeto y de su amor: muchos le niegan el derecho de enseñar á los hombres; pero es mucho mayor el número de los que, sumisos á su voz, acuden á él para resolver sus dudas, calmar sus inquietudes, recibir sus enseñanzas y acatar como un oráculo divino sus decisiones dogmáticas.

«Se halla, por último, reducido á la pobreza, y sin embargo es más rico que nunca, porque—vosotros mismos lo habéis visto—los soberanos más poderosos del mundo prodígale los más ricos dones; los pueblos más remotos le muestran su amor, enviándole riquísimos obsequios, y hasta los más pobres y desgraciados han contribuido con su pequeño óbolo á celebrar la gran festividad del Jubileo Pontifical de nuestro actual Pontífice, enviándole sus humildes presentes.

«Ya veis, hermanos míos, cómo la Iglesia Católica y el Pontificado Romano íntimamente unido á ella, están dando diariamente pruebas de su inmortalidad, á semejanza de su Divino fundador, cuya santa vida, comenzada en un pesebre, continuada en medio del olvido, el abandono y las persecuciones de los hombres, pero siempre abundante en frutos de sublime caridad, reproduce la misma Iglesia en el camino que lleva recorrido en el largo espacio de diez y nueve siglos.

«La adhesión, pues, al Pontificado Romano, es nada menos que la adhesión á la Iglesia Católica; es una prueba de que la fe vive en nuestros corazones, y que creemos en la divinidad de su origen, en la eficacia de sus obras y en la santidad de sus doctrinas.

«He aquí por qué motivo en el gran Jubileo Sacerdotal de N. S. P. el Sr. León XIII, todos los católicos se han apresurado á presentarle sus votos y sus homenajes, dando el mundo entero el espectáculo grandioso de cuánto vale esa autoridad sagrada que algunos afectan despreciar, pero cuya influencia se hace sentir en toda la extensión de la tierra. Hoy que vemos por todas partes la autoridad desconocida, hoy que el poder de los gobiernos se mide por el número de sus soldados y la mag-

nitud de sus ejércitos, y hoy, por último, que parece que sólo se respeta el éxito y que la fuerza se sustituye al derecho, es un espectáculo grandioso el que presenta una autoridad, la única en el mundo que sólo se hace sentir por el tamaño de sus beneficios, que no cuenta en su apoyo ni con la fuerza ni con las riquezas, y ante la cual, sin embargo, doblan la rodilla los más poderosos de la tierra, piden consejo y apoyo los gobiernos que se creen más sólidamente establecidos, y delante de quien se humillan las más altas dignidades.

«Tal es la autoridad del Pontífice, y por eso, hermanos míos, asociarse, como nosotros nos hemos asociado, á estas demostraciones de respeto, de amor y de filial ternura, es efectuar una obra de religión y de piedad, y como tal acepta á los ojos de Dios Nuestro Señor.

«Y siendo esta la verdad, como vosotros lo comprendéis muy bien, ¿cuáles son los frutos que de ella debemos sacar para la santificación de nuestras almas y el bien de nuestra patria?

«Ah, hermanos míos, ¡cuán grande ha sido nuestra felicidad! ¡qué provecho tan grande podemos sacar de esta peregrinación dichosa! ¡cuán abundantemente hemos visto compensados nuestros trabajos y las incomodidades de nuestro viaje! ¡Y qué ricos beneficios debe ésta hacer caer sobre nuestra patria!

«Tan sólo con conservar vivo el recuerdo de lo que hemos visto, del espectáculo que hemos presenciado, tendremos bastante para santificarnos, por la práctica de todas las virtudes y hacer que el cielo derrame sobre nosotros todas sus bendiciones.

«Porque, en efecto, hermanos míos, nos ha sido dado recorrer estos lugares sagrados, humedecidos con las lágrimas de tantos santos, empapados con la sangre de tantos mártires; hemos visitado las primeras basílicas del mundo, levantadas sobre las ruinas de los templos paganos, enriquecidas con los más ricos tesoros de la gracia; nos hemos inclinado ante el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles, y hemos escuchado, por último, la palabra dulce, cariñosa y expresiva del Padre común de los fieles, arrodillándonos á sus pies para recibir sus santas bendiciones. ¿No es esto una dicha singular, que nunca podremos olvidar, por largo que fuera el curso de nuestra vida?

«No debo decir más. Yo tengo que permanecer por algún tiempo en esta ciudad—bien lo sabéis;—pero vosotros volveréis, y volveréis dentro de breves días á nuestra patria. Pues bien, id y decid á todos nuestros hermanos, á todos nuestros compatriotas, lo que habéis visto y lo que habéis oído. No sólo los sacerdotes, sino también los seglares, en vues-

tros escritos, en vuestras conversaciones familiares, podéis convertirlos en predicadores fervientes de las grandezas y las glorias del Pontificado y de la Iglesia Católica.

"Id y decid á nuestros hermanos que el Pontífice de Roma no es un soberano terrible al cual no se puede llegar sino á través de la etiqueta que rodea á los soberanos del mundo, sino que es padre amoroso y tierno que acoge á todos como hijos suyos, y les habla con dulzura, y los reclina en su regazo, y conmueve todos los corazones con la serena majestad de su semblante y la santa unción de su palabra; id y decidles que le habéis visto sereno en medio de todos los peligros, firme á pesar de la debilidad que se le supone, cariñoso, afable y hasta alegre á pesar de las amarguras en que se desborda su corazón; id y decidles que este Santo Pontífice ama y bendice á nuestra patria, encontrando singular complacencia en derramar sobre ella el tesoro de sus bendiciones; referid cómo hemos sido los mexicanos objeto de particular predilección de nuestro Santo Padre el Papa, y decidles también las impresiones que habéis experimentado cuando os habéis encontrado ante su augusta presencia.

"Id y repetidles que el Santo Padre nos ama como á hijos suyos, tanto más queridos, cuanto hemos sido más desgraciados; si queréis añadir más, decid también las maravillas que hemos visto, la grandeza y prosperidad de los países que hemos recorrido, y repetidles sin cesar que sólo pueden ser grandes los pueblos donde se ama la verdad y se practica la justicia.

"México, nuestra patria, ha sido bien desgraciada; pero las oraciones de los hijos fieles de la Iglesia, la fe que aun vive en muchos de sus hijos, pueden salvarla.

"Nosotros hemos sido acompañados en nuestro viaje por los votos, las oraciones y las súplicas de nuestras familias, de nuestros amigos y de la mayor parte de nuestros compatriotas. Dios querrá que todos participen de sus beneficios. No hemos venido solos, sino en representación de tantos otros católicos fervientes, tal vez ¡ay! más dignos que nosotros de alcanzar tan alto beneficio, y las bendiciones que hemos recibido caerán también sobre todos nuestros hermanos.

"¿Y cómo olvidarnos de que somos deudores de tan singular favor á nuestra Santísima Madre, bajo la advocación de Guadalupe, patrona de los mexicanos? Bajo su amparo y protección emprendimos nuestro viaje, yendo á presentarle nuestras humildes súplicas al santuario donde se venera su milagrosa imagen. Hoy venimos á este templo, en el cual se le tributan también particulares cultos, y podemos también contemplar su hermoso rostro en la misma actitud modesta y humilde que adoptó

cuando quiso quedarse con nosotros, á darle gracias por el favor que nos ha concedido y á implorar su gracia para volver sanos y salvos al seno de nuestra patria.

"María Santísima de Guadalupe, especial patrona y abogada nuestra, singular protectora de los peregrinos mexicanos, alcanza de tu Divino Hijo para ellos, para sus familias y para nuestra patria, el gran favor de que sepan agradecer sus beneficios; que se afirme en todos la fe y la caridad se haga sentir por frutos de buenas obras; que todos saquemos de esta nuestra peregrinación todo el provecho debido para nuestras almas; da á todos un viaje feliz de regreso y un término igualmente dichoso al penoso viaje de nuestra vida, llevándonos á cantar á la mansión celeste las glorias del Señor, así como hemos querido cantar en esta tierra las glorias de su Iglesia.—Amén."

Concluido el sermón, guiados por el Illmo. Sr. Portillo, nos dirigimos al pequeño santuario mexicano y allí oramos unos minutos delante de la Imagen de nuestra Patrona: allí desahogaron muchos en copioso llanto los sentimientos de amor y ternura que había sabido despertar el orador en sus oyentes; allí postrados á los pies de nuestra especial protectora, pedíamos todas las gracias que deseábamos alcanzar del Señor por intercesión suya..... Al salir de la iglesia el Sr. Ibarra dió cita para las Catacumbas de San Sebastián al día siguiente, y la señora de Miramón, nos reiteraba á muchos la invitación que nos había hecho para una fiesta de familia con la cual quería obsequiar en su casa á sus compatriotas al otro día.